

Este número nos hemos quedado cortos de colaboraciones para llenar las 20 páginas. Por ello, nos ha parecido de interés volver a publicar una carta abierta que en el año 1995 (¡14 años!) no envió D. Antonio Beltrán, persona muy importante que fue de la cultura aragonesa.

Por cierto, os pedimos artículos para el próximo boletín, que serán bienvenidos.



Antonio Beltrán Martínez (Sariñena, Huesca, 1916 - Zaragoza, 29 de abril de 2006), profesor y cronista oficial de la ciudad de Zaragoza desde 1998 hasta su fallecimiento, fue catedrático de

Prehistoria de la Universidad de Zaragoza. Entre otros reconocimientos, fue Medalla de las Cortes de Aragón e Hijo Predilecto y Medalla de Oro de Zaragoza.

El Eco del Isuela, abril de 1995, número 4

Queridos amigos:

Con alborozo y gratitud llega a mis manos el boletín informativo de la "Asociación Cultural amigos de la Villa de Calcena" que se propone y consigue mantener el fuego sagrado del arraigo de sus gentes, hoy poco más de un centenar (cuando fueron más de 700 hace un siglo) las que siguen firmes y sin rendirse en el pueblo, y suavizar las heridas de la emigración de quienes se han visto obligados a sucumbir al destierro, forzados a dejar su casa y su tierra. Aragón necesita, sin duda, hallar bases económicas en las que apoyar su presente y su futuro, que nacen de un mejor conocimiento de sí mismo y de anudar con fuerza las realidades presentes con las raíces del pasado.

He dicho muchas veces que los pueblos y sus gentes son como árboles de los que admiramos la fortaleza del tronco, la belleza de sus hojas y las flores, y la riqueza de sus frutos, pero se mantienen erguidos altanadamente en pie y fructifican gracias a las raíces, casi siempre terrosas y oscuras y permanentemente ocultas, pero que hacen posible que el árbol viva, crezca y florezca.

Aragón y sus pueblos son distintos de las tierras vecinas por imperativo de la historia reflejada en monumentos, en el derecho, en las costumbres peculiares en relación con el clima, el paisaje y la economía, y en los modos especiales de sentir y obrar que prestan fuerza a nuestras posiciones frente a la vida. Con frecuencia derivan tales verdades en la falsa hojarasca del chascarrillo y en la ingenua y pernicioso ejecutoria del baturrismo. Los tópicos, que para muchos nos definen de un modo banal y no pocas veces alicorto, tienen una fácil

corrección. Basta con conocernos mejor para que nazca el amor y se destierre el desánimo.

Es en definitiva lo que se propone **El Eco del Isuela** y de ahí mi alegría por leer el boletín, y mis palabras de gratitud y de estímulo para que el centenar de gentes presentes en Calcena, y los varios centenares que la llevan en el corazón desde lejos, conozcan mejor su pasado, se aferren a sus raíces para que el árbol que componen robustezca su tronco y embellezca su futuro con hojas, flores y frutos. Piense cada habitante del pueblo o quienes lo añoran desde lejos, que el generación tras generación se hayan afincado sus viejos abuelos en el mismo lugar, riendo y gozando a diario, tras haber nacido en una de sus casas, y para dejar sus restos en el común camposanto, responde a una constante de siglos que explica el presente y el futuro. Es posible que se conozca a Calcena por el cuento del herrero, recogido por el general Nogués, que le hizo sentenciar socarronamente que "con los de Calcena no puede ni el diablo", tal como conté en la "Gran Enciclopedia de Aragón", pero sería preciso buscar el origen de muchas cosas actuales en la fuerza casi telúrica del majestuosos Moncayo, monte definitorio del Aragón medio, en sus minas de plata que ya otorgaron riqueza al mundo ibérico que heredaba un viejo doblamiento desde los tiempos prehistóricos. Porque el actual territorio de Calcena ya estaba poblado en el Neolítico, cuando los cazadores del Paleolítico descubrían la agricultura y el pastoreo y su territorio se preparaba para mantener gentes, días y trabajos por los siglos de los siglos. Buscaremos la historia más reciente en moros y moriscos, en cristianos viejos y nuevos, en laboriosos labradores y buenas gentes que siguen encontrando el perfume del pasado en callejas y casas, en muros que se abren por el arco que protege la Capilla de la Virgen del Cortijo o en las ermitas que desde el siglo XVII pregonan viejos ritos religiosos como se manifiestan en las fiestas de San Cristóbal o Santa Constancia.

Por eso, queridos amigos, os escribo esta carta. Para deciros que vuestro empecinamiento en arraigar en vuestra tierra, en vuestro pueblo, es testimonio de que Calcena, viva desde la Prehistoria y sobreviviendo a todos los avatares de los tiempos, postula por la fuerza y el no reblar de sus gentes, una vigencia hasta la eternidad, por encima de crisis y de abandonos, animada por el fuego del amor a lo propio, con la alegría de saber que, pese a todo, no desaparecerá nunca. Y **El Eco del Isuela** se encargará de vocearlo y de aunar voluntades y esfuerzos, a los que podéis sumar, desde ahora los míos más fervientes y cordiales.

Antonio Beltrán Martínez

Podéis enviar vuestros artículos a:

elecodelisuela@hotmail.com